

CLAUDIO BELINI Y MARCELO ROUGIER: *El estado empresario en la industria argentina: conformación y crisis*. Buenos Aires: Manantial, 2008.

Saber que en 1963 ya se proponía orientar los excedentes del Banco Central de la República Argentina hacia las empresas industriales puede resultar curioso. Y enterarse que el Ministro de Economía que convocó a la comisión que formuló esa propuesta no fue otro que José Alfredo Martínez de Hoz, en su breve y poco recordada experiencia en el gabinete de José María Guido, es ya más sorprendente. Hoy, los nombres son otros, pero las discusiones son las mismas.

Este es sólo uno de los aportes de *El estado empresario en la industria argentina: conformación y crisis*, obra que recorre, a través del análisis de un conjunto de casos paradigmáticos, la confusa, contradictoria y nunca definitivamente comprendida relación entre el estado argentino y las empresas industriales durante el período que se inicia en la Década Infame y termina alrededor de 1980.

Sin ir más lejos, la primera de esas contribuciones tiene que ver con incorporar al debate la misma definición de “estado empresario”. En ese sentido, ya las primeras páginas del libro resumen las posiciones principales de un debate conceptual que se encuentra lejos de estar cerrado, pero que resulta fundamental a la hora de entender las múltiples y muy diferentes maneras en que el estado se fue convirtiendo en un actor relevante en la economía argentina, más allá del rol que siempre tuvo como aparato institucional garante de las reglas que determinaron la inserción argentina en el mercado mundial y sus condiciones de desarrollo.

Precisamente, luego de una introducción que reseña ese vínculo inicial, la obra se divide en dos grandes partes. En la primera, tres capítulos indagan sobre otros tantos casos vinculados con la gestión directa de empresas industriales o grupos empresarios por parte del estado nacional. En la segunda parte, otros tres capítulos reseñan los distintos instrumentos con los que el estado recurrió en auxilio financiero del sector industrial, el involucramiento creciente que esos aportes significaron en la gestión de las empresas y los vaivenes de la relación entre el sector público y las conducciones empresarias, hasta terminar en el rotundo proceso de desinversión pública durante la (ahora sí) segunda y definitiva gestión ministerial de Martínez de Hoz, en lo que los autores llaman acertadamente proceso de “desindustrialización selectiva”.

A lo largo de todo el desarrollo del libro, un conjunto de investigaciones rigurosas intenta desentrañar la escasa y enmadejada información que existe acerca de las empresas industriales argentinas, iluminando sobre zonas oscuras de la historia económica reciente y, fundamentalmente, aportando y organizando información que permite discutir aquello que se ha impuesto como una suerte de sentido común de la economía nacional. Aquí es donde aparecen los otros

aportes relevantes: en la posibilidad de revisar críticamente la discusión económica, para que ésta pueda discurrir sobre datos y no sobre mitos.

El debate económico sobre la historia argentina reciente (y no tan reciente), siempre que no abjure de la vía capitalista de acumulación, puede estructurarse a partir de dos grandes enfoques: el que sostiene casi sin fisuras las bondades de librar la suerte del desarrollo a la resultante del funcionamiento del mercado, y el otro, más ecléctico y difícil de definir, pero que puede resumirse en la idea de que el estado es el único que permite pensar en la posibilidad del desarrollo con equidad. Se podría suponer que la discusión académica ha abandonado hace rato esta configuración binaria del desarrollo, aunque esto no resulta tan claro, acaso porque, como sostenía Herbert Simon, el saber se siente cómodo recorriendo caminos seguros y ya transitados. Aun así, no será muy difícil coincidir en la crítica a los supuestos centrales de cada uno de esos enfoques: el mercado no garantiza el desarrollo, así como el estado no garantiza la equidad. Consecuentemente, es entre estos dos extremos que *El estado empresario...* va desenredando la información y las explicaciones de los casos que analiza.

Los casos no se proponen como representativos, por eso, extrapolarlos no es lo más adecuado al rigor metodológico. Sin embargo, los casos presentados en el libro, nos llevan inexorablemente a un conjunto de descubrimientos que impugnan aquel discurso construido que pretende hacerse pasar por sentido común. Así, el lector informado podrá confirmar, cuestionar o profundizar sus conocimientos anteriores con nueva información pasible de ser reinterpretada. Por otra parte, el lego podrá llegar a sorprenderse cuando se entere de que aquellas intervenciones que fueron configurando lo que los autores llaman el estado empresario, lejos de responder a algún tipo de inteligencia estratégica, fueron consecuencia, principalmente, de decisiones aleatorias, motivadas por la coyuntura nacional o internacional, las presiones corporativas o las demandas empresariales. Es así que encontramos situaciones internacionales, judiciales o sectoriales que fuerzan la acción directa del estado sobre las empresas y, de manera recurrente, la demanda de protección fiscal o ayuda financiera por parte de sectores (y actores) cuya opinión pública respecto a la intervención del estado en la economía siempre fue rotundamente negativa.

Si algo nos muestran Belini y Rougier es precisamente eso: la inexistencia de un proyecto sólido detrás de la intervención estatal en la economía, y su condición de aparato habitualmente expoliado por actores privados de distintos orígenes, pero articulados por la idea común de la socialización de las pérdidas y la privatización de las ganancias. Si bien cada uno los distintos gobiernos que se sucedieron durante el siglo XX tuvo, en mayor o menor medida, una idea sobre el rol del estado, no es posible advertir que ninguna de ellas haya tenido continuidad más allá de la coyuntura que le dio origen. El trabajo que estamos

analizando también contribuye a romper el mito que nos habla de gobiernos militares con proyectos económicos liberal-conservadores y gobiernos civiles de perfil intervencionista-populista. La realidad ha sido infinitamente más compleja. El estado empresario se construyó como una sucesión aluvional y desarticulada de acciones generalmente huérfanas de objetivos de largo y capacidades de corto plazo, apenas unidas por la inercia de una burocracia que tampoco supo generar y sostener objetivos propios en la gestión estatal. En este contexto, ni siquiera existió la capacidad de sostener políticas macroeconómicas que fueran más allá de las coyunturas y construyeran marcos previsibles.

Por otro lado, como reverso de la moneda, el libro muestra una clase empresaria que no ha sabido, o más probablemente no ha querido, romper con una dependencia prebendaria que le permitió sobrevivir a su propia ineficiencia en lugar de aprovechar las (muchas) oportunidades que se le presentaron para romper el ciclo de breves auges y largas decadencias de la producción industrial. Asociados al estado, o directamente controlándolo durante largos períodos, los empresarios argentinos han demostrado ser incapaces de reunir el impulso y las capacidades necesarias para encauzar la economía en el camino del desarrollo industrial sostenido.

Esta no es una cuestión menor. A fin de cuentas, la economía argentina está discutiendo hoy las mismas cosas que discutía hace casi cincuenta años y acaso esa sea la mayor conclusión general de una obra que no tiene vocación por extraer conclusiones generales. O tal vez la situación sea aún más básica. Como suele reflexionar Aldo Ferrer, hace cuarenta años los economistas argentinos discutían cuál era la mejor manera de impulsar el desarrollo industrial. En cambio hoy, a caballo de la coyuntura y la dinámica adquirida por algunos conflictos internos, el sentido común imperante vuelve a insistir en Argentina como el “granero del mundo”. Después de ciento treinta años hay quienes siguen pensando en el país de la Generación del 80.

Acaso sea interesante buscar ahí las razones del “fracaso”, y a partir de eso volver a interpelar críticamente a todos los actores involucrados. En esa instancia, *El estado empresario...* será un material de consulta invaluable para revisar los aciertos y los errores de una gestión estatal que, cualquiera sea el modelo a seguir, resultará a todas luces ineludible. A despecho de algunos senderos que las economías europeas recorren en el intento de salir de la crisis, si el gobierno norteamericano se ha convertido en el principal accionista de la General Motors, tal vez sea el momento de mirar con nuevos ojos los viejos problemas.